

El acuerdo de los positivistas se halla solamente en lo que niegan, lo cual los coloca por de pronto en el grupo de los empíricos y sensualistas, dándoles el carácter distintivo de *eliminadores* según la expresión del padre Félix. Pero esa situación media entre dos negaciones, esa abstención sistemática y artificiosa no satisface las tendencias naturales del espíritu humano, y sólo puede ser efecto de un escepticismo impotente para construir nada sólido y duradero. "En las cuestiones filosóficas, dice el materialista B. Gendre, lo mismo que en las políticas y sociales, el *mezzo termine* está á la orden del día... ese espíritu de moratoria y tergiversación ha penetrado grandemente en el dominio de la filosofía y de la ciencia. A él se debe el fenomenismo, el determinismo, el monismo, el positivismo, todos esos *ismos* vergonzosos bajo los cuales se disfrazan las timideces del pensamiento." El acuerdo, pues, á que se refiere nuestro colega no prueba nada en favor de la tesis que defiende, pues un acuerdo negativo no puede servir de base á una doctrina positiva.

Colocado el Sr. Dr. Parra en medio de la anarquía positivista, y teniendo que tomar una posición determinada, se resuelve á no adoptar ninguna. Hé aquí sus palabras: "Somos ecléticos dentro del método positivo, que una doctrina provenga de Spencer, de Mill, ó de Comte, la aceptamos si está de acuerdo con el método común que proclamaron estos pensadores, rechazándola en el caso contrario por mucho que sea el respeto que nos merezca el autor que la formuló." Felicitamos á nuestro colega por el paso que ha dado emancipándose del dogmatismo de Littré, abandonando el campo positivista al modificar radicalmente el concepto de su teoría filosófica, al sacudir las mezquinas trabas del empirismo y del sensualismo, y al aproximarse tanto al pensador de Königsberg. No se podía hacer mejor uso de la libertad eclética.

El Sr. Dr. Parra concluye su artículo dando por terminado el debate relativo á la anarquía que reina en el campo positivista, y deseando para nuestro buen nombre y para el éxito del propósito que nos trajo á la prensa, que en lo sucesivo formulemos en contra del positivismo objeciones más fundadas que las que hemos empleado hasta aquí. En cuanto á lo primero, efectivamente, la materia está agotada, bastante se ha dicho en pro y en contra, y el lector imparcial puede formar juicio exacto sobre la cuestión, y decir si hemos pecado de ligeros al calificar de anarquía el desacuerdo de los positivistas, al colocar á éstos en el grupo de los empíricos y sensualistas, y al afirmar que el *Positivismismo* ha roto la misma bandera que defiende. En cuanto á lo segundo, agradecemos muchísimo á nuestro colega sus buenos deseos, correspondiéndole con un sentimiento todavía más *altruista* al desearle en todas sus defensas del positivismo el mismo éxito que ha obtenido en el presente, pues cedemos con gusto la palma de esta especie de victorias.

La *Patria* y la *República* han hablado en los términos más honrosos para nosotros del compendio de lógica que estamos escribiendo. Reciban nuestros apreciables colegas el agradecimiento más sincero de quien sabe estimar en todo lo que valen sus benévolas expresiones.

Concluimos llamando muy especialmente la atención de nuestros lectores sobre el notable artículo de M. E. Caro que hemos traducido, y comenzamos hoy á publicar, por considerarlo de la más alta importancia en las circunstancias actuales. Dicho artículo forma la segunda parte del magnífico estudio que sobre M. Littré publicó recientemente su distinguido autor en la *Revue des deux Mondes*: en él se encuentra una exposición clara, imparcial y concienzuda de la doctrina positivista, señalando á grandes rasgos las profundas transformaciones que sufrió en manos de uno de sus más doctos y fervientes partidarios, y el verdadero estado á que ha quedado reducida después de la muerte de Comte y de Littré. Muy satisfactorio ha sido para nosotros encontrar corroboradas nuestras apreciaciones acerca del positivismo en el estudio de M. Caro, pues vemos que el deseo sincero de encontrar la verdad no nos ha extraviado en el análisis de esa doctrina, cuyo pasajero prestigio, debido á circunstancias excepcionales, se va desvaneciendo rápidamente, no sólo por los vicios radicales de que adolece, sino porque se halla en abierta contradicción con el espíritu y tendencias de la sociedad mexicana. Desearíamos conocer la opinión que nuestros positivistas se han formado sobre la obra de M. Caro.

J. M. VIGIL.

EMILIO LITTRÉ.

LA FILOSOFÍA POSITIVA, SUS TRASFORMACIONES, SU PORVENIR. (1)

Una de las doctrinas que según él aseguraban la victoria definitiva á la doctrina, y con la que más había contado para conquistar á los espíritus rebeldes, la sociología, le preparaba más de una decepción. Y sin embargo, ¡con qué entusiasmo la había saludado! "La palabra y la cosa, decía con orgullo, son creaciones de M. Comte; soy ya bastante viejo para acordarme de la soberbia con que fué acogido ese término bárbaro. ¿Qué cosa buena podía ocultarse bajo ese miserable neologismo? Semejante rótulo era digno de la mercancía que anunciaba. ¡Pues bien! todo ese desden fué enteramente perdido; rótulo y mercancía han hallado gracia. La palabra se ha extendido en Francia y en todas partes, y el gran movimiento científico provocado por la idea, está apenas en su principio." (2)

Sin inquietarnos por saber si hay de veras una creación tan original como supone M. Littré, y si es verdad que bajo nombres menos bárbaros, la historia de las sociedades humanas, el estudio de la vida social, de sus órganos y de sus funciones no existían antes del positivismo, hagamos constar que en la certidumbre de las leyes sociológicas y en su cumplimiento gradual colocaba el verdadero criterio de la doctrina. A esta ciencia y á sus previsiones infalibles se dirigía para confundir á los espíritus más rebeldes. Afigíale el conflicto irreducible de las convicciones contrarias, y creyó encontrar el remedio: "Sé muy bien que hombres en quienes reconoceré toda especie de superioridad, de ninguna manera se conmueven con lo que para mí es la evidencia; y recíprocamente, las razones que les parecen decisivas carecen para mí de fuerza y virtud. Cuando llegan

(1) Véase la página 81.

(2) Observaciones sobre la 2ª edición de *Conservación, Revolución, Positivismismo*.

persticion.» Y entónces aprovecha la ocasion solemne, casi la última, para hacer su profesion de fe filosófica: «Dicho sea en paz, sin que se disguste ese espíritu tan eminente en tantas cosas y tan poderoso en la crítica, yo reconozco el poder de los dogmas y el libre pensamiento no me basta.» Sea; ¿pero en qué se resume su credo positivista? «La jerarquía de las ciencias me convence; la sociología me demuestra algunas grandes leyes; y la filosofía que resulta de esa coordinacion del saber humano no me deja hoy, lo mismo que entónces, la libertad de rehusar mi asentimiento.» Esto es todo.

Volvamos á leer línea por línea ese programa; allí encontrarémos la célebre clasificacion de las ciencias, que en sí misma no está necesariamente ligada con el positivismo, y puede desprenderse sin trabajo, (1) sobre todo si se le añade, como queria M. Littré, la economía política, una teoría cerebral, una psicología, una estética y una moral. ¿Qué más? Algunas leyes de sociología, pero muy generales, sin certidumbre en las previsiones en razon de la complicacion extrema de esa ciencia, la ley de la evolucion, por ejemplo, que es verdadera si se la aplica al pasado, ley que A. Comte ha incorporado á su doctrina, de la que M. Littré ha sacado tan buen partido en sus apreciaciones históricas, pero que seguramente existía ántes que ellos, y que muchos filósofos aceptan sin ser positivistas en ningun grado. En fin, ¿qué más? «La filosofía que resulta de la coordinacion del saber humano;» es decir, en términos más claros, la concepcion positiva del mundo. Sólo ésto es de esencia positivista. ¿Pero qué es esa concepcion? A ninguno de los que estén al corriente de estas cuestiones sorprenderémos, al decir que más bien que dogma es una negacion. Dirémos que se opone á otras dos concepciones, la concepcion teológica, segun la cual imagina el hombre en la creacion y el gobierno del mundo voluntades que convierte en dioses ó una voluntad que convierte en un dios único, y la concepcion metafísica segun la cual suprime el hombre voluntades arbitrarias y las reemplaza por entidades, fuerzas, causas permanentes. La concepcion positiva del mundo no imagina ni supone nada; traduce lo que está á sus ojos y se revela á la observacion sensible, un mundo de fenómenos unidos por relaciones constantes, un mundo en que reinan no ya voluntades ni fuerzas misteriosas, sino leyes; un mundo de donde están desterrados con los dioses de las viejas teologías, lo absoluto y lo infinito de la antigua metafísica; un mundo en que emanando todo de la experiencia vuelve á la experiencia, en que el saber no es más que la expresion exacta de lo que la experiencia ha puesto, en que está

(1) M. Littré ha vuelto varias veces sobre la teoría y la jerarquía de las ciencias y de su coordinacion tan querida de Augusto Comte. La ha expuesto y defendido contra sus adversarios en su libro sobre *Augusto Comte y el Positivismo*, en su *Leccion en la Escuela politécnica* en 1871, en el prefacio de *La ciencia desde el punto de vista filosófico*. Se la ha apropiado, pues, fuertemente, pero no se sirve de ella, que yo sepa, más que una sola vez para colocar en cierto orden los trozos muy diversos que componen este último volúmen, y darles una especie de cohesion aparente y de encadenamiento que sin eso no tendrían. Es una de esas teorías que tienen su interés especulativo, pero que para aplicarse á la evolucion histórica de las ciencias exigen muchos correctivos y atenuaciones. En todo caso, puede ser indiferentemente aceptada ó rechazada por filósofos y sábios, sin que esos filósofos ó esos sábios sean en ningun grado adeptos de la doctrina positiva. No es, pues, esencial á esta doctrina.

admitido que ninguna realidad puede establecerse ni por la intuicion ni por el raciocinio, que nada puede adivinarse, que todo lo que no es observable es como si no existiera.

¿Qué otra cosa es ésto mas que el destierro fuera de la filosofía, de todo lo que no es un fenómeno sensible ó una ley? Y cuando se nos dice que en adelante no habrá ya conflicto posible entre la filosofía y la ciencia positiva, lo contrario seria en verdad muy extraño, puesto que no se pone en la filosofía mas que precisamente lo que hay en esa ciencia. La filosofía no es ya, en su contenido y en su método, sino la generalizacion más alta de las ciencias particulares; nada tiene ya que le sea propio; no es más que «la coordinacion del saber positivo.» Esto en el fondo es una pura negacion. Verdad es que ésa negacion no es absoluta; no se niega que haya un infinito, un absoluto, una causa primera; se lo ignora y se lo quiere ignorar; lo que pasa fuera de la experiencia sensible no nos concierne; se abstiene hasta de pensar en ello; no se sabe nada y se gloria de no saberlo. Tal es la concepcion del mundo que M. Littré ha sacado del inmenso aparato erudito y dialéctico desplegado por A. Comte. Esa concepcion es el último residuo de su pensamiento; es tambien la verdadera conclusion de todo el movimiento positivista, la última unidad subsistente entre los diferentes grupos de pensadores que en un grado cualquiera pretenden depender del positivismo.

Entre éstos, por lo que hace á Francia, hay que citar en primer lugar á los adeptos fieles que han seguido hasta el fin á Augusto Comte, tales como el Dr. Robinet y M. Laffitte, y luego á los que han acompañado á M. Littré en su cisma antiteológico, tales como M. Wyrouboff y el Dr. Carlos Robin. La iglesia ortodoxa cuenta en Paris cuando más algunos centenares de secuaces; tambien existen algunos grupos en provincia, sucediendo otro tanto en Suecia y en ciertos paises de la Alemania del Sur. En Inglaterra debe hacerse la misma distincion que en Francia, segun que los positivistas han seguido á Comte en la última evolucion de su pensamiento (*later Comtism*) y que aceptan su sistema completo, filosófico, social y religioso, ó que se rehusan á seguirle en su trasformacion y se adhieren exclusivamente al *Curso de filosofía positiva* (*earlier Comtism*). Miss Harriet Martineau, la querida discípula, Richard Congrève, que ha hecho despues una evolucion en sentido pietista, y el Dr. Bridges fueron desde luego los grandes fieles. Este último, especialmente, sostuvo con mucha vivacidad en una polémica que tuvo su oportunidad en Inglaterra, la unidad indisoluble de la doctrina de Augusto Comte, atacando á Stuart Mill, que trataba de distinguir en esta doctrina dos partes independientes entre sí, «conteniendo la una grandes verdades con un pequeño número de errores, y la otra en que sobrenadan algunas felices sugerencias en medio de un verdadero caos de incoherencias.» Pero el mismo Stuart Mill y un gran número de pensadores ingleses, algunos de primer orden, como MM. Bain, Bailey, Lewes, Herbert Spencer, han recibido un profundo sello de la idea positivista, al ménos en el principio de su carrera filosófica, sacudiendo muy libremente esa influencia en lo que tenia de estrecho y demasiado particular. Estoy seguro, sin embargo, de que ninguno negaría la influencia de origen. Al lado de estos positivistas de la primera ó de la segunda hora, en Francia y en Inglaterra, hay que notar el lugar de una multitud flotante y siempre creciente

de positivistas de intencion y de hecho, hombres de ciencia, políticos, hombres de mundo, que sin haber profundizado la doctrina han aceptado estas dos proposiciones, claramente comprendidas al través de las complicaciones y oscuridades de pormenor, y en que por otra parte se resume la filosofía de la escuela: excluir la metafísica y reducir el conocimiento á la ciencia positiva, que debe bastar á todo, pues es la sola que puede dar resultados verificables y colocarse fuera de los errores posibles y de las contradicciones. (1)

II.

Hemos dicho que la concepcion nueva del mundo, que es la sola unidad y el solo vínculo de los diferentes grupos entre los cuales se divide la escuela, la concepcion positiva es una negacion: deberiamos haber dicho que es una doble negacion, ó con mayor exactitud todavía, la resultante de dos eliminaciones sucesivas. Es desde luego la exclusion de la idea religiosa y de la metafísica; pero es tambien, en los programas oficiales, la exclusion del materialismo y del ateísmo.

Aquí se presenta una grave cuestion: ese estado ideal de un equilibrio puramente negativo ¿es posible? ¿Puede el espíritu humano permanecer en él largo tiempo, de otro modo que por un esfuerzo sistemático y artificial que sólo puede ser momentáneo? ¿No oscilará necesariamente á derecha ó izquierda, de un lado ú otro de las dos afirmaciones opuestas, lo que probaria al ménos que ese estado negativo es contrario á la naturaleza humana, á la esencia misma y á las condiciones del espíritu?

En teoría, M. Littré se muestra muy firme en la resolucion de mantenerse á igual distancia de las afirmaciones contrarias, de no dogmatizar en pro ni en contra de las realidades invisibles, ni en pro ni en contra de la esencia de las cosas, de no ver ni saber nada más allá de los hechos comprobados y de las leyes demostradas, encerrándose en el órden de los fenómenos físicos, únicos capaces del carácter de positividad que reclama la doctrina. Su dogma constante es no afirmar ni negar nada más allá de esa esfera que mide estrictamente la experiencia sensible; sus aforismos sobre este punto son categóricos, multiplicados. Una de las últimas páginas que ha escrito (2) merece ser citada por la precision y firmeza de sus declaraciones. "No conociendo el origen ni el fin de las cosas, no hay lugar para que neguemos que haya algo más allá de ese origen y de ese fin (esto va contra los materialistas y los ateos), lo mismo que no hay lugar para afirmar

(1) En medio del ruido que ha metido el positivismo en México, hallamos aquí la misma anarquía que ofrece esa doctrina en Francia y en Inglaterra, pues mientras que en ciertos escritos de la *Libertad* vemos que algunos positivistas siguen á Comte hasta en su ridículo fetiquismo, otros, como los redactores del *Positivismo* se declaran *eclecticos*, y no vienen á ser mas que esos positivistas de intencion y de hecho á que se refiere M. Caro. (R. F.)

(2) *Transracionalismo* (*Revista de filosofía positiva*, Enero 1880, passim.)

(esto va contra los espiritualistas, los metafísicos y los teólogos). La doctrina positiva reserva la cuestion suprema de una inteligencia divina, en cuanto que reconoce estar en una ignorancia absoluta, como en las demas ciencias particulares que son sus afluentes, del origen y fin de las cosas, lo que implica necesariamente que si no niega una inteligencia divina tampoco la afirma, permaneciendo perfectamente neutral entre la negacion y la afirmacion, que en el punto en que estamos se equivalen. Deja entenderse que excluye el materialismo, que es una explicacion de lo que ninguno puede explicar; no oculta tampoco lo que el naturalismo tiene de exorbitante, porque dice como M. de Maistre hablando de la naturaleza: "¿Quién es esa mujer?". Si la naturaleza es el conjunto de las cosas conocidas por nosotros, tanto mejor; ese conocimiento, como esas cosas, es relativo, experimental, y deja fuera las regiones de lo que llamamos lo *inconocible*, y de que retrocedemos precisamente á causa de ese nombre que llevan. Si por el contrario, la naturaleza representa un poder infinito, autor y *ordenador* del universo, tanto peor; ningun saber positivo encuentra al cabo de sus investigaciones ese poder, que desde luego debe ser rigurosamente pasado en silencio. Experimentalmente nada sabemos sobre la eternidad de la materia ni sobre la hipótesis-Dios. ¿Sobre qué fundamento se declara la materia eterna? ¿Sobre que nunca la vemos crecer, ni decrecer, ni nacer, ni perecer? Pero lo que es un dogma seguro en los límites de lo conocable, no lo traspasa ni vale más que cualquiera otra experiencia; es decir, que la experiencia no nos dice nada sobre el origen y el fin del tiempo. No sabemos, pues, si el mundo es ilimitado en el tiempo, lo mismo que no sabemos si es limitado en el espacio, ni recíprocamente si es ilimitado en el espacio y limitado en el tiempo.

Y de la misma manera no tienen razon ciertos filósofos en reprochar á Laplace "la insolencia" que se permitió desterrando á Dios de la explicacion del mundo como una hipótesis inútil. *Insolencia*, dice M. Littré, no es del estilo filosófico. Si hay insolencia de parte del que niega, la hay tambien de parte del que afirma, y la filosofía positiva despacha á ámbos contendores hombro con hombro. Cuando esos mismos filósofos, esos metafísicos, hablando de un principio superior de órden, de armonía, de unidad, ¿no confiesan que ese principio, Dios en otros términos, se escapa á toda percepcion sensible, á toda investigacion científica? Y lo que escapa á toda percepcion sensible, á toda investigacion científica, ¿qué otra cosa es sino una hipótesis sobre la cual las opiniones son libres sin insolencia? (1) Y en otra parte, resumiendo con las más fuertes expresiones toda su doctrina sobre este punto: "No debe considerarse, responde á M. Stuart Mill, que le parece haber infringido esa ley esencial, no debe considerarse el modo positivo de filosofar, como si tratándose únicamente de las causas segundas, dejase á uno libre para pensar lo que quiera sobre las causas primeras. Nó, no deja sobre esto ninguna libertad; declara las causas primeras desconocidas, inconocibles. Declararlas desconocidas no es afirmarlas ni negarlas. La ausencia de afirmacion y la ausencia de negacion son indivisibles, y no se puede arbitrariamente rechazar la ausencia de afirmacion para adherirse á la ausencia de negacion. No se puede servir á dos señores simultáneamente,

(1) *Ibid*, página 42.

dos personas, una de un aire muy frío y otra de un aire muy caliente y se encuentran en un lugar intermedio, la primera lo halla muy caliente y la segunda muy frío. Entre estas dos sensaciones, tan verdadera una como otra, ¿quién decidirá sino es el impersonal termómetro? He buscado desde hace largo tiempo, un termómetro que pudiese, al leer los grados, consultar sobre las opiniones que he abrazado. Él creyó encontrar ese "impersonal termómetro" de las ideas filosóficas, en la doble escala que muestra simultáneamente en la historia de la humanidad la disminución de lo sobrenatural y el aumento de lo natural, la disminución de las nociones subjetivas y el aumento de las nociones objetivas, la disminución del derecho divino y el aumento del derecho popular, la disminución de la guerra y el aumento de la industria. (1) No dudaba que ese termómetro, al ejecutar su evolución, fijase el destino de las opiniones y alcanzase ese objeto supremo, el juicio de los conflictos humanos. Pero él mismo debía sentir, y sintió en efecto en los últimos días de su vida, cuán vagas, cuán discutibles, cuán llenas de ilusiones posibles y de contradicciones reales son esas indicaciones, y cuántas incógnitas, que hacen la conclusión incierta, entran en cada cálculo. No citaré más que un ejemplo que el mismo Littré nos proporciona. ¿Qué cosa más evidente desde el punto de vista sociológico, que el aumento y disminución inversos de la guerra y de la industria? Pues bien; histórica y prácticamente hablando, nada hay más falso, y la experiencia que tenemos ante los ojos nos obliga a registrar un chasco completo para las previsiones de este género. ¿No vemos desarrollarse en nuestra presencia esa antinomia sorprendente del progreso de la industria y de la exacerbación de la guerra? A convenir en ello se ve obligado M. Littré en una de sus más dolorosas *Observaciones*. Mientras la industria, siguiendo a pasos de gigante el progreso de las ciencias, no ha cesado de extenderse y aumentar el poder de la humanidad sobre la naturaleza, ligando a los pueblos por vínculos infinitos y haciéndolos hasta cierto punto solidarios de cada uno, obligándonos a considerar toda interrupción de esa comunidad no sólo como una desgracia particular, sino como una desgracia general, convirtiéndose así en un grande agente de paz en los tiempos modernos, precisamente y al mismo tiempo, por una contradicción extraña, nunca la guerra ha sido más amenazadora, nunca ha parecido más remota la paz, tan comprometida por los inmensos armamentos de los pueblos y por el espíritu de conquista y nacionalidad que trata de rehacerlo todo. (2) La guerra de razas, las naciones armadas, ejércitos gigantes de un millón y medio ó dos millones de hombres siempre prontos a arrojarse unos contra otros y a hacer pasar sobre la vieja Europa una tromba de hierro y de fuego, la misma industria al servicio de la fuerza brutal y multiplicando sus recursos, hé aquí ciertamente un espectáculo que no es el más propio para alegrar a los amigos de la paz y dar crédito a los oráculos. Igual cosa sucede con la mayor parte de las previsiones de Comte en materia de política corriente. Difícil es engañarse más á menudo y más torpemente que él cuando quiso hacer el papel de profeta, y M. Littré no ha dejado de enumerar esos fracasos con una buena fe que le honra.

(1) *Principios de filosofía positiva*, prefacio de un discípulo, pág. 71.

(2) *Observaciones*, pág. 278.

¿A qué se reduce, pues, esa sociología tan llena de magníficas promesas? A una teoría del progreso terrestre, del progreso humano. Pero esperanzas de este género no son monopolio del positivismo. Turgot, Herder, Kant, Hegel, todos los pensadores modernos las han concebido, cada uno á su manera, y dudo mucho que el positivismo haya ilustrado el problema por una serie de aseveraciones semejantes á ésta, á saber que el objeto del progreso es conformar la existencia social del hombre con la concepción positiva del mundo, que el progreso no depende de los reyes ó de los pueblos, que se verifica á pesar suyo y sin cesar por *la sola fuerza evolutiva de la historia*, que el arte humano consiste simplemente en ponerse de acuerdo con esa fuerza, lo que reduce dicha evolución á no ser más que una de las formas de la fatalidad universal. La sola idea clara que de aquí se desprende es una concepción combinada del progreso y de la necesidad, cuyo efecto más cierto es aligerar la responsabilidad moral de los individuos y la responsabilidad colectiva de los pueblos.

La revolución, se nos dice todavía, está encargada de la parte negativa de esta tarea, es decir, de eliminar las creencias y las instituciones, que, después de haber representado un papel útil en el pasado, no son propias para incorporarse en el orden por venir. El positivismo está encargado de organizar la sociedad sobre el terreno despejado.

Necesitábase, sin embargo, definir esa organización "del orden por venir", lo que M. Littré no ha hecho en ninguna parte. Desalentado por el ejemplo del prodigioso aborto de la *Política positiva* y de la *Síntesis subjetiva*, no se arriesga ya en las grandes aventuras de la utopía libre, y se limita á vagas fórmulas. Casi no sale de organizar la sociedad según la concepción positiva del mundo; y cuando quiere llegar á algo preciso, indica como grandes leyes sociológicas el desarrollo no interrumpido de las ciencias y la extensión siempre creciente del espíritu laico en el mundo moderno. ¿Basta esto para fundar para siempre la dicha de la humanidad?

Si se examinan de cerca y en su orden cronológico todos los escritos de M. Littré, se podría reducir á muy poca cosa su dogmatismo de escuela. Profunda es la influencia que la filosofía positiva ejerció sobre el desarrollo de su inteligencia; pero poco á poco los dogmas perdieron precisión en su espíritu. El curioso epílogo que con mano desfallecida trazó al fin de su edición comentada de *Conservación, Revolución, Positivismo*, puede servir para ilustrarnos sobre ese estado intelectual que hasta ahora no se ha notado bastante. En una carta dirigida á M. HARRISSE, americano muy letrado, Sainte-Beuve había dicho, hablando de M. Littré: "Si algo falta á esa inteligencia sana, vigorosa y aun robusta, son los matices, y esa falta de matices se hace sentir hasta en esa fe intelectual (que me hace el efecto en ciertos momentos, de una especie de superstición y de credulidad) en un sistema que, por sus líneas generales, no me parece tan necesariamente identificado con ese cerebro oscuro y abstruso, y muy á menudo enfermo, que se llamaba Augusto Comte." Cuando más tarde conoció M. Littré esta carta, respondió oponiendo su situación filosófica á la de su crítico: "Sainte-Beuve se rehusaba á toda filosofía determinada; no quería ser más que un libre pensador, y aspiraba á conservar una independencia ilimitada en esa gran diócesis que le debe su pintoresca denominación.... Mi sumisión á dogmas filosóficos determinados era lo que condenaba, tratándola de su-